- **¿La Iglesia tiene riqueza?, ¿el Vaticano posee mucho oro? Si así fuera, ¿por qué entonces no vender los bienes para ayudar a los pobres?**

Esta pregunta es bastante común y se actualiza cada vez que presenciamos una obra fastuosa perteneciente a la Iglesia tales como magníficos templos, construcciones, o la riqueza en oro que se visualiza en especial en museos o iglesias de Europa. También surge esta duda o discusión cuando ocurre un escándalo económico en el que queda implicada la Iglesia. Sin ir más lejos, aquí entre nosotros los bolsones con los U$ 9 millones de López en el convento de General Rodríguez fundado por el fallecido obispo anterior Di Monte ha hecho que muchos se vuelvan a interrogar sobre la relación de la Iglesia con el dinero, en algunos casos oscura. Si bien es verdad que a lo largo de la historia han habido eclesiásticos y católicos avaros (empezando por el apóstol Judas) no quisiera detenerme en casos puntuales sino, más bien, ir al fondo del planteo, que es la relación entre la Iglesia con los poderes económicos.

¿Conviene que la Iglesia no maneje dinero para evitar posibles escándalos de corrupción? ¿Sería lo mejor que ella regale su riqueza monetaria y artística a los pobres? Si Jesús vivió él pobre y pidió a la Iglesia que viva de igual modo, confiando en la divina Providencia, ¿por qué entonces buscar recursos económicos?

Ciertamente Jesús vivió y predico la pobreza, sí, pero nunca condenó el uso del dinero. Lo vemos en el hecho de que él dejó que una mujer (quizás de nombre María Magdalena) derrochara sobre su persona un frasco de perfume costosísimo (cf. Mc 14, 3-9). En ese instante Judas se escandalizó y "puso en grito en el cielo" aduciendo que con el dinero del perfume (muy caro, equivalente a un salario de trescientos días de trabajo) se podía dar de comer a los pobres. Sin embargo el Señor corrigió a Judas diciéndole que ese gesto de "derroche" (así, entre "comillas") de plata era para gloria de Dios y en calidad de gratitud y agradecimiento al Señor. El reclamo del traidor era injusto, movido por su avaricia personal. También leemos en el Evangelio que Jesús y sus doce apóstoles manejaban una "bolsa con dinero" para los propios gastos (cf. Jn 12,6), así como también nos encontramos con esa magnífica parábola llamada "de los talentos" (en Mt c.25) en la cual se nos enseña que los dones recibidos (sean materiales o espirituales) debemos hacerlos multiplicar con la ayuda del banco mediante un plazo fijo o –diríamos hoy- un fondo común de inversión, en el caso del dinero; porque es de buen administrador no solo conservar lo que posee sino también, en la medida de lo posible, hacerlo multiplicar. Si bien es verdad que esa parábola la aplicamos principalmente a los talentos personales también podemos referirla a los dones materiales que, en cuanto dones, son también medios buenos y necesarios para vivir y ser feliz. Las cosas no son malas sino el uso que hacemos de ellas. Por eso, no debemos pensar que la sola carencia de bienes materiales ayudará a que la Iglesia sea más coherente y creíble en su mensaje. No. Lo que da fuerza al Evangelio y credibilidad a la Iglesia es la virtud de quienes lo practican, lo cual supone un deseo de querer ser virtuoso (en este caso, un deseo y elección de vivir la pobreza de Cristo) y no simplemente una pobreza obligada, a la fuerza, sin opción, por la mera carencia de bienes. Es por eso que -salvo que la pobreza sea elegida- que la Iglesia viva con muy pocos bienes materiales no garantiza su credibilidad o su santidad. El pecado o la culpa no está fuera (el dinero, los bienes) sino dentro de cada uno de nosotros, en el corazón, en la libertad, en el modo cómo cada uno de nosotros se relaciona con los bienes materiales. A la Iglesia le interesa que haya virtud o elección por el bien y no simplemente ausencia de cosas, que sería lo mismo que ausencia de posibilidad para poder elegir. ¿Se entiende?

Dicho esto nos vuelve la pregunta, ahora reformulada: ¿por qué, entonces, los monseñores, los obispos, los sacerdotes y los laicos católicos no eligen la pobreza como modo de vida y a imitación de Jesús? Esa respuesta es personal, la debe dar cada uno en conciencia y según el estado de vida que cada uno debe desempeñar. Ciertamente, una cierta pobreza o austeridad es necesaria para seguir a Cristo y ser santo. Pero no existe un modo o patrón igual para todos. El error consiste en pensar que los demás deberían vivir la pobreza según yo la vivo o según me gustaría a mí que los demás la vivan. Cristo predica el desprendimiento o el desapego y luego cada uno libremente ve cómo lo aplica a la propia situación. Hay que dar libertad y no imponer un único tipo de pobreza como estilo de vida igual para todos.

Con respecto a los bienes o tesoros del Vaticano y de la Iglesia en general hay que decir que existen de dos tipos: los económicos en dinero 'líquido' y los económicos en valor cultural, patrimonial, artístico. Empecemos con estos últimos. ¿Sería importante, o más aún necesario, vender los tesoros de Vaticano y monumentos de la Iglesia para paliar el

hambre en el mundo? Mi respuesta a esta pregunta se inicia con otra pregunta: ¿qué sucedería si mañana en todos los periódicos anunciaran que el gobierno argentino vende el obelisco, o que el gobierno mexicano coloca a subasta las Pirámides aztecas, o que el gobierno inglés vende el Big Ben, o el americano la Estatua de la Libertad, o el francés la Torre Eiffel? Sin duda, argentinos, mexicanos, ingleses, americanos o franceses acogerían la noticia como el más grande chiste de los últimos tiempos. Si no es para nada viable vender un símbolo nacional, ¿por qué exigirle a la Iglesia que venda o subaste sus "tesoros" artísticos para dar de comer a los pobres? Además, en el caso concreto del Vaticano los bienes artísticos que allí se exponen y custodian no pertenecen totalmente al Estado Vaticano sino que figuran a nombre del Estado Italiano. Con lo cual, la Iglesia no los puede vender. Son bienes pertenecientes a la riqueza cultural de Italia y el mismo Estado se encarga de conservarlos.

Por otra parte, la valoración moral la hacemos respecto de nosotros y de nuestra libertad pero no de las cosas, que de suyo no son malas. Lo que las transforma en malas es el mal uso que hacemos de ellas. Ahora bien, dijimos también que la Iglesia posee bienes materiales culturales tales como templos, oro, obras de arte muy costosas, propiedades, inmuebles. ¿Por qué no venderlos para dar de comer a los pobres?

No es ni fácil ni conveniente que se vendan porque -dijimos- esos bienes (en el caso del Vaticano) están a nombre del Estado Italiano y forman parte del patrimonio histórico-cultural de Italia, con lo cual, des-hacerse de ellos, sería lo mismo que des-hacerse de una parte de la historia o cultura del país. La cultura no se vende; al contrario, conservarla ayuda a humanizar más a quienes la disfrutan. Si la Iglesia vendiera sus bienes culturales y artísticos lo que ocurriría sería un empobrecimiento cultural de la humanidad pues muchas personas dejarían de beneficiarse de su contemplación. Por ej.: si la Iglesia, para tener más dinero con el fin de ayudar a los pobres, vendiera "La Piedad" de Miguel Ángel ésta pasaría a manos privadas y ya no podría ser aprovechada o disfrutada por los miles de peregrinos y turistas que, años tras año, visitan el Vaticano. En tal caso, los únicos beneficiados serían los magnates, dueños privados de ese arte. Lo mismo dígase de los museos, templos o iglesias que, en cierto modo, son de todos pues todos pueden entrar, observar, aprender, enriquecerse culturalmente. Todos, incluso los más pobres. Sobre este punto, hay un hecho que vale la pena destacar. Ocurrió en 1980 a raíz de una visita que hiciera el Papa Juan Pablo II en una favela de Brasil llamada Morro do Vidigal. En esa ocasión el Papa, conmovido por la vida de sus habitantes, regaló su anillo de oro a la gente. ¿Y qué hicieron éstos? Decidieron no vender el anillo sino conservarlo orgullosamente en la capilla del barrio como gesto de amor del Papa hacia los pobres de la favela. Ellos eran pobres pero inteligentes ya que se dieron cuenta que vale más conservar un regalo (como gesto de amor) que venderlo. ¡No todo es vendible en la vida! El amor y sus gestos no tienen precio.

Notemos que el supuesto escándalo de los bienes culturales y patrimoniales de la Iglesia no es un tema que preocupe demasiado a los pobres sino a quienes o no tienen (con independencia de la clase social) y a muchos ricos. Sobare éstos últimos, recordemos que no en vano Jesús dijo que es muy difícil que un rico entre al Cielo, por su fuerte propensión a la autosuficiencia (en muchísimos casos). Cosa curiosa, ¿verdad? Y la respuesta es que tales personas, y no los más pobres y humildes, suelen ser más complicados y prejuiciosos. Los pobres de aquella favela de Brasil no querían un Papa que les regalara plata sino una Papa que los quisiera, que los mirara, que les hablara. Un hermoso refrán dice: "Las cosas más valiosas de la vida no son, precisamente, cosas". Además, si el anillo del Papa se hubiera vendido los beneficiados de esa operación hubieran sido solo un grupo de personas de aquella época; en cambio, que el anillo aún se conserve en la capilla permite que los beneficiados en su contemplación sean muchas más personas. ¿Qué haríamos nosotros si el Papa nos regalara algo de mucho valor?, ¿lo venderíamos? Creo que en la respuesta personal a esa pregunta está la respuesta a nuestra actitud de fondo frente al tema de los bienes culturales del Vaticano y de la Iglesia. Y no solo frente al tema de los bienes materiales sino también respecto del tipo de valoración que asignamos al máximo Bien que tenemos los creyentes, que es el espiritual: la fe. En efecto, ¿acaso las cosas de la fe o los bienes espirituales y afectivos valen menos que el dinero líquido?; ¿deberíamos sacrificar los regalos que nos hacen y nuestros bienes afectivos para tener más plata?; ¿es la acumulación de dinero la máxima aspiración de nuestras vidas? Si la respuesta es un 'sí', creo que no hay que ser muy lúcido para darse cuenta dónde tenemos puesto el corazón y cuán poca importancia tiene en nuestra vida el afecto, la fe, el amor de Dios y a Dios. Por otra parte, sería ingenuidad nuestra el pensar que la venta de los inmuebles y bienes culturales de la Iglesia sería la solución al problema de la pobreza. Sería tan solo una tenue

solución circunstancial y paliativa que no lograría solucionar el problema de fondo, que es la pobreza estructural y para cuya solución debe cambiar la mente de todos, en especial de los más poderosos. Hasta que no disminuya la avaricia y el afán de poder no se logrará mejorar la calidad de vida material de los más pobres, por más venta de edificios y oro que la Iglesia haga. A pesar de todo, Ella no se desentiende del problema de la pobreza desde el momento en que, tanto en su prédica como en la vida de muchos de sus miembros, intenta hacernos comprender que 'hay más riqueza en dar que en recibir' y que 'rico no es quien más tiene sino quien menos necesita'.

Sobre los bienes culturales de la Iglesia (piezas de museo, oro, obras de arte, casas, templos, inmuebles varios) una última aclaración que se suma a lo ya dicho. Y es que esos bienes materiales han sido, en su mayoría, no comprados por la Iglesia sino donados por parte de personas pudientes, sí, pero de fe. Si la voluntad del donante fue regalar a la Iglesia (como gesto de fe o gratitud), ¿sería leal vender esa donación, por más que se la intente justificar con una buena intención cual es la ayuda a los pobres?; ¿es ético vender lo que otros han donado, no a mí personalmente sino a la institución?

Por otra parte, no nos olvidemos que la construcción de muchos de los fastuosos templos del catolicismo ha sido posible gracias a la colaboración de personas sencillas y no ricas, que quisieron –como aquella mujer del Evangelio de Mc 14, 3-9- "derrochar" sus ahorros como gesto de amor a Jesús. ¿Por qué impedirlo, si al fin de cuentas esa donación no quedará en arcas privadas sino que será aprovechada por miles de personas? Por ej., en la basílica de Luján aparecen grabados los nombres de algunos de sus benefactores para la construcción. Y es muy probablemente que muchos de esos nombres sean de personas de clase media o baja.

En el Evangelio contemplamos una escena muy interesante. Una viuda que, como todas la viudas de la época de Jesús, además de viuda era pobre (en esos tiempos no recibían una pensión ni tampoco jubilación ya que la mujer no trabajaba fuera de la casa) pero que, a pesar de su estrechez económica, puso en la alcancía del templo todos sus ahorros, los cuales, aunque comparativamente eran pocos en relación con otras ofrendas, para ella significaba mucho en razón de su pobreza. La viuda no exigió a Jesús ni a las autoridades del templo que vendan cosas para que la ayudaran económicamente sino que, muy por el contrario, fue ella misma quien donó en un gesto de enorme fe y amor hacia la Casa de Dios. Dice el texto que Jesús, viéndola, la alabó y la puso como ejemplo (cf. Lc 21, 1-4). En mi opinión, quienes exigen que la Iglesia venda cosas para ayudar a los pobres lo hacen desde una perspectiva no de fe sino meramente sociológica; y en consecuencia, les resulta extremadamente difícil comprender los gestos o actitudes espirituales y de fe que otras personas tienen o han tenido. Para entender y apreciar los gestos de fe hay que tener fe.

Con esto no quiero decir que debamos ser indolentes ante el hermano necesitado. De hecho, es bastante notoria la labor social que realiza la Iglesia en el mundo, plasmada en hospitales, orfanatos, asilos, comedores y colectas en favor de los más pobres (como la colecta anual de Caritas o la de +x-). Bien podríamos preguntarnos si acaso existe alguna otra institución u ONG que haya hecho tanto en favor de los más pobres a nivel mundial. ¿La hay? Y ello sin contar la labor más importante que hace la Iglesia y que constituye su razón de ser, que es la labor espiritual: la santificación de las personas por medio de los sacramentos, la vida comunitaria, la oración, la enseñanza de la doctrina cristiana. Por supuesto que a todos nos indignó la noticia de los bolsones de López en el convento de General Rodríguez como también nos indigna cuando vemos o nos enteramos que algunos católicos (también eclesiásticos) aman el lujo y desprecian al pobre y la austeridad. Actitudes como esas son ciertamente escandalosas y anti-evangélicas. Sin embargo, que existan casos de avaricia dentro de la Iglesia nada quita a la bondad de los bienes materiales que Ella posee para provecho espiritual y cultural de todos.

Digamos algo respecto al dinero "líquido". ¿Cuánto recauda la Iglesia anualmente?; ¿cuánto y en qué gasta? No podemos dar una respuesta unívoca porque cada iglesia local (diócesis) es distinta una de otra y cada una tiene su propia finanza. Pero hablemos de un caso puntual, quizás el más sensible para los críticos de la Iglesia en relación con las finanzas: el Vaticano. Leo en un informe de una agencia de información católica que en el 2013 el Estado Vaticano tuvo un activo neto de 33 millones de euros (www.aciprensa.com/noticias/santa-sede-y-gobernacion-del-estado-de-la-ciudad-del-vaticano-tuvieron-en-2013-balance-con-saldo-positivo-36096/). Probablemente ese activo anual esté muy

por debajo al de muchos otros países. Y si bien es cierto que esos países tienen más gastos anuales que el Vaticano –para lo cual necesitan más presupuesto- también es verdad que la Iglesia en todo el mundo necesita dinero para mantener sus obras sociales y apostólicas, como también para pagar sueldos y cargas sociales de personas que trabajan diariamente en la institución. Es verdad que la Iglesia maneja mucho dinero no solo "líquido" sino también en inmuebles. Para gestionar esos fondos existe en Roma una suerte de banco de la Iglesia católica llamado *IOR* (en italiano: **I**stituto di **O**pere **R**eligiose). El Vaticano es un Estado y por lo tanto es normal que tenga su propio banco. ¿Y para qué el Vaticano tiene un banco? La finalidad del *IOR* es ayudar a la Iglesia católica, y en consecuencia, su finalidad no es igual a la de cualquier otro banco. Esa ayuda consiste en la subvención o donación que hace la Santa Sede a proyectos que la Iglesia realiza en todo los cuales no se sostienen con las buenas intenciones o solo con la oración. La finalidad del IOR es, por eso, ejemplar: poner sus finanzas al servicio de la humanidad más necesitada.

Además, el Estado Vaticano ofrece trabajo a 2.800 personas. Sin efectivo, ¿cómo haría el Vaticano para pagar sueldos y aportes a tanta gente? Por otra parte, a través de un organismo de la Santa Sede llamado *Cor Unum* los Papas ayudan con dinero a países o zonas muy necesitadas. Solo dos ejemplos: en nov.2013 la Iglesia Católica –a través de *Cor Unum* y el *IOR*- donó 150.000 euros a Filipinas para ayudar a los damnificados por un devastador tifón. En ese mismo año el Papa dispuso la donación de 100.000 dólares a damnificados por huracanes, en Méjico. Entonces, ¿es malo que la Iglesia maneje dinero? Pues no, teniendo en cuenta la finalidad y el modo de generar los fondos. Sobre esto último, hay que decir que somos nosotros los católicos de todo el mundo quienes generamos parte de esos ahorros a través de una colecta que la Iglesia realiza una vez al año (hacia fin de año) en todas las diócesis, llamada 'Óvolo de San Pedro' y con la cual se intenta ayudar al Papa para que él, a su vez, ayude. Sobre esta colecta anual cuyo fin son los más necesitados dijo Benedicto XVI, el 25/2/2006: "El Óbolo de San Pedro (…) es un gesto que no sólo tiene valor práctico, sino también una gran fuerza simbólica, como signo de comunión con el Papa y de solicitud por las necesidades de los hermanos".

Con respecto al dinero de la Iglesia y de los curas quisiera, finalmente, desmitificar dos arraigados mitos. El primero de ellos promueve que la Iglesia recibe dinero del Estado, lo que da lugar a que las personas de Iglesia con alguna responsabilidad tengan un muy buen pasar. Esta idea es verdadera solo muy parcialmente porque si bien es cierto que el Estado argentino, a través de la *Secretaría de Culto,* puede ayudar a parroquias e instituciones católicas ello no siempre ocurre e, incluso cuando se materializa la donación (en general, modesta), la misma no puede ser destinada para otros fines que no sean la construcción o manutención de las instalaciones eclesiales. Otras veces el Estado ayuda con mucha plata para la refacción de algunos templos pero lo hace no en calidad de "Estado católico" sino porque los edificios son patrimonio histórico-cultural nacional o provincial. La basílica de Luján es un ejemplo claro de este tipo de ayuda. En tal caso, el Estado no hace más que cumplir con su deber, máxime tratándose de un Estado que, según reza su Constitución, 'sostiene' el culto católico (art.2).

El segundo mito dice que los sacerdotes cobran sueldo estatal. Eso es falso. Los únicos que cobran sueldo son los obispos (sueldo equivalente al de un juez) y algunos sacerdotes por prestar servicio sacerdotal a una institución estatal (cárcel, hospital, fuerzas de seguridad). El Estado argentino solo paga cerca de un 40% de los gastos mensuales de cada seminarista pero solo mientras dura el tiempo de Seminario. Por eso, en nuestro país la mayoría de los sacerdotes subsisten gracias a la ayuda del pueblo fiel.

Reitero que con esta apologética o defensa de los bienes culturales y monetarios de la Iglesia no he intentado defender la avaricia que existe en algunos de sus miembros. Pero también soy consciente que un árbol viciado no debe impedirnos ver la belleza del bosque. Judas Iscariote existió, sí; pero junto a Judas estaban otros once apóstoles que –a diferencia de aquél- vivieron pobremente, se negaron al confort y, como máxima expresión de desapego, prefirieron morir antes que perder la fe y que pactar con el poder.

P. Gabino (Septiembre 2017)